

á quién hacía muy desgraciada porque pesaba sobre ella la doble falta de no ser hija suya y de parecerse, como una gota de agua á otra, á una mujer cuya memoria no le era grata. Ya veis que los sueños son tan extraños como los caprichos de la fortuna. Lo más grave del caso es que la desgracia y la belleza de esa joven habían conmovido vivamente vuestro corazón y que habíais concebido por ella una pasión ardiente.

«—¿Qué debo hacer?»—me dijisteis un día.

—Entonces os conté mi historia y os dije: Ya veis qué temperamento predomina en el carácter de Kostia Petrovitch. No esperéis hacerle ceder, sería para él un juego destrozarnos el corazón. Si yo hubiese estado tan enamorado como vos, hubiera robado á Paulina y habría huído con ella al otro extremo de la tierra. ¡Un rapto! ese es vuestro único recurso. Y advertid... (así es cómo os hablaba en sueños) advertid que si salís felizmente de esta empresa, el conde, furioso al principio al ver que se le escapa su víctima, acabará seguramente por tomar una resolución. La vista de esa niña le causa horror, la misma tiranía que ejerce sobre ella le agita é introduce el desorden en sus nervios. En cuanto se vea libre de ella, respirará con más desahogo, se pondrá mejor y perdonará al raptor que haya libertado su vida de ese fermento de odio que la turbaba. Entonces, podréis entrar en tratos con él, y, ó mucho me engaño ó vuestra querida no tardará en ser vuestra esposa... De esta manera, repito, os hablaba en mi sueño; y añadí: «No desperdiciéis un momento, hay peligro en la demora. Kostia Petrovitch ha concebido sospechas; mañana tal vez será demasiado tarde!...»

—Y al final, habéis despertado—dijo Gilberto interrumpiéndole y echándose á reír.

Después, levantándose:

—Vuestros sueños carecen de sentido común, querido doctor: porque, sin contar con que M. Lemínof no tiene hija alguna, la naturaleza me ha negado el dón de amar,

y el solo rapto de que soy capaz, es el de las manchas de tinta de un libro in-foleo. Con un poco de cloro, ya sabéis...

Luégo, dando algunos pasos para recoger la parnasia que había arrojado lejos de sí:

—Hablemos de cosas más serias—continuó, emprendiendo de nuevo con Vladimiro el sendero que conducía al castillo.—Ocupémonos de botánica.

Y mientras andaban, el diálogo versó exclusivamente sobre pistilos y estambres. Al llegar á la entrada del terraplén se separaron amistosamente. Vladimiro siguió con la vista á Gilberto murmurando entre dientes:

«¡Ah! ¡no has querido hablar, me niegas tu confianza y sólo robas manchas de tinta! ¡Está bien! ¡cúmplase tu destino!»

¿Cómo explicar los diversos movimientos que agitaban el corazón de Gilberto? No es difícil adivinarlos. Á todas las inquietudes que le devoraban, acababa de añadirse otra más punzante, el temor de ser descubierto. «Á pesar de mis precauciones, se decía, algún espía apostado por el conde me habrá visto correr por los tejados? No es probable. Más bien creo que los ojos de lince de Vladimiro Paulitch han sabido leer en el rostro de Esteban. En la mesa le observa con curiosidad. Quizá también mis miradas me han hecho traición. Ese espíritu, grosero en su sutileza, ha tomado por amor vulgar la tierna y generosa piedad que me inspiraba un gran infortunio. Sin duda se ha espontaneado con el conde, y obedeciendo á sus órdenes ha intentado sorprender mi confianza y arrancarme el secreto! ¡Esteban! ¡Esteban! ¿no habrán dado mis esfuerzos otro resultado que atraer nuevas tempestades sobre vuestra cabeza?...» Lo que le calmó algún tanto fué la reflexión que se hizo de que le había autorizado espontáneamente á permanecer dos semanas lo menos sin volver á su lado. «De aquí á entonces, malo será que no se me ocurra algún plan. Lo que importa, ante todo, es hacerle perder

la pista á ese zarcero que sigue nuestros pasos. De todos modos, no ha de tardar muchos días en marcharse. Su partida será para mí un gran alivio, porque es un personaje peligroso. Con tal que Esteban sea prudente!»

La comida careció de incidentes; Vladimiro no compareció. El conde estuvo alegre, amable. Esteban, aunque muy pálido, estaba tan tranquilo como los días anteriores, y sus ojos no intentaron encontrarse con los de Gilberto, quien sintió disminuir sus alarmas; pero, al levantarse de la mesa, Kostia Petrovitch fué el primero en salir de la habitación, y su hija antes de seguirle, tuvo tiempo para volverse, sacar de su manga un papelito arrollado y tirarlo á los piés de Gilberto que se apresuró á recogerlo. ¡Cuál no fué su dolor cuando, al encontrarse en su aposento, leyó las siguientes líneas:

«¡El espíritu de las tinieblas se apodera otra vez de mí! Esta última noche no he podido cerrar los ojos. Mi cabeza es un volcán. Tengo miedo, dudo, me desespero. Gilberto mío; es menester que te vea esta noche á toda costa, porque no hay cosa de que no me sienta capaz. ¡Admirable amigo! ven á lo menos á consolarme, ven á quitar de mi vista el cuchillo que ha quedado abierto encima de la mesa...»

Gilberto pasó dos horas en indescriptible angustia. Mientras duró la luz del día, permaneció de pié con los codos apoyados en la ventana, esperando siempre á que Esteban se asomase á la suya y poder hablarle por señas; pero esperó en vano. Ya anochece, y él seguía deliberando perplejo, vacilante. Por último, en este combate interior, un pensamiento acabó por dominar á todos los demás. Creía ver á Esteban con el cabello en desorden y la desesperación en la mirada; creía ver también en sus manos el puñal cuya acerada hoja brillaba á través de las tinieblas... Azorado por tan horribles imágenes, cierra su corazón á todos los consejos de la prudencia, suspende su escala, baja, atraviesa los tejados, se

encarama á la ventana, se lanza en el aposento... Estefanía le aguardaba acurrucada al pié de los santos. Se levanta, da un salto, coge con ademán convulsivo el puñal que estaba encima de la mesa, dirige la punta á su corazón, y exclama con vibrante acento:

—Gilberto, por primera y última vez, ¿me amas?

Asustado, trémulo, fuera de sí, Gilberto le abre sus brazos. Estefanía arroja el puñal lejos de sí, da un grito de alegría, de delirio, se abalanza á su amigo, le enlaza en sus brazos, y suspensa de sus labios, exclama:

—¡Me ama! ¡Me ama! ¡Estoy salvada!...

Gilberto, á la vez que corresponde á sus caricias procura calmar su fiebre y sus arrebatos... Pero de pronto palidece. De la alcoba inmediata acaba de salir un suspiro igual al que oyó en uno de los corredores del castillo.

—¡Estamos perdidos!—murmuró con ahogado acento. —Han venido á sorprendernos.

Pero ella, asiéndose de Gilberto y con la faz iluminada por insensata alegría:

—¡Me amas! Soy feliz. ¿Qué me importa lo demás?...

En este momento, ábrese la puerta de la alcoba y aparece en el dintel el conde Kostia, terrible, amenazador, con los labios contraídos por siniestra sonrisa. Á su aspecto, alza Estefanía lentamente la cabeza, da unos cuantos pasos hacia él, y por vez primera se atreve á mirar de frente á aquel padre, que durante tantos años la mantuviera doblegada y temblorosa bajo su férrea mano. Entonces, semejante á una joven leona de erizadas melenas, haciendo flotar sobre sus hombros su desordenada cabellera, trémulo el cuerpo, fruncidas las cejas, echando fuego por los ojos, y con voz ronca y acento sombrío:

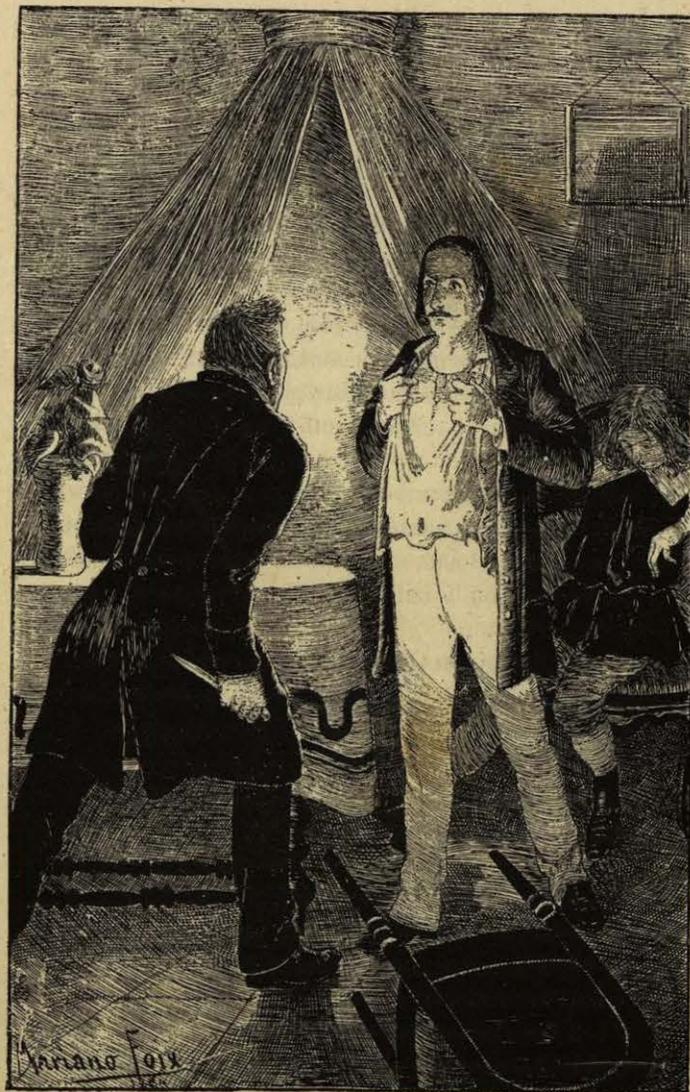
—¡Ah! en verdad, ¿sois vos?—gritó.—¡Bien venido seáis!... ¡Vos aquí, Dios poderoso! Por cierto que estas paredes deben quedar sorprendidas al veros... Sí, oídme, vetustas, sordas paredes, ese hombre á quien veis en el dintel de esa puerta es mi padre! Decidme, ¿no le

hubiérais reconocido en la ternura que brilla en sus miradas, en esa sonrisa llena de bondad que vaga por sus labios?...—Y luégo añadió:—Padre desnaturalizado, ¿os acordáis todavía de que en otro tiempo teniais una hija? Registrad, registrad, tal vez la encontréis en el fondo de vuestros recuerdos... ¡Pues bien! aquella hija á quien matasteis, acaba de salir de su sepulcro, y quien la ha resucitado, es este hombre que aquí veis!...—Y exaltándose, cada vez más:—¡Oh! ¡cuánto amo á ese hombre divino! Yamándole, hija respetuosa y complaciente, ¿hago por ventura otra cosa que ejecutar vuestra voluntad? Porque, en fin, ¿no fuisteis vos mismo quien me obligasteis un día á prosternarme á sus piés?... Pues bien, á sus piés he quedado!...

Pero al pronunciar estas últimas palabras, agotadas sus fuerzas por la emoción, la abandonaron; exhaló un grito, cerró los ojos, y cayó desplomada. Entretanto, Gilberto se había precipitado hacia ella: la levantó en sus brazos y la colocó exánime en un sillón, poniéndose ante ella, á guisa de muralla. Cuando dirigió sus miradas al conde no pudo menos de temblar, porque creyó estar viendo al sonámbulo! Las facciones de Kostia Petrovitch se habían descompuesto, sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus pupilas ardientes y fijas, parecían próximas á saltar de las órbitas. Inclínose lentamente y recogió el cuchillo, luégo permaneció algún tiempo inmóvil, sin dar otra señal de vida, que pasar la lengua á intervalos por los labios, como para apagar la sed de sangre que le consumía... Al fin, se puso en marcha, erguida la cabeza, y el brazo y el puñal suspendido en el aire, no deseando más que herir. Entonces, Gilberto, viéndole aproximarse, recobró toda su calma, y con voz clara y fuerte gritó:

—Conde Leminof, llamad á vuestra razón, que está pronta á abandonaros!...

Y como el horrible fantasma continuase avanzando, se descubrió bruscamente el pecho y gritó con voz más fuerte todavía:



—¡Conde Kostia, hiere, he aquí mi corazón! Pero tus golpes no llegarán hasta mí... el espectro de Morlof se interpone entre nosotros!

Al oír estas palabras, el conde lanzó un rugido feroz, seguido de un suspiro prolongado y plañidero. Un combate se trabó en su alma, su frente crispada, los movimientos convulsivos que sacudían su cuerpo, y el espumarajo que se desbordaba por sus labios, éran testigos patentes de la violencia del esfuerzo que hacía. Al fin, le dominó la razón; su brazo cayó soltando el cuchillo, los músculos de su rostro se dilataron, sus facciones recobraron gradualmente la expresión natural; se volvió hacia la alcoba y gritó:

—Iván, ven á prestar tus cuidados á tu joven ama, que se ha desmayado.

Iván compareció. ¿Quién se encargará de pintar la mirada que dirigió á Gilberto? Entretanto, el conde, que había entrado en la alcoba, sacó una bujía apagada, que encendió con la mayor tranquilidad y luego con un movimiento:

—Caballero —dijo á Gilberto— me parece que estamos de más aquí. Tened la bondad de salir conmigo por la escalera, porque nó quiera Dios que volváis á vuestro aposento corriendo por los tejados. Si os sucediera alguna desgracia, Bizancio y yo quedaríamos inconsolables!

Era tal el carácter de Gilberto, que en este momento M. Leminof le inspiró más compasión que cólera. Obedeció, y precediéndole de algunos pasos, atravesó la alcoba y bajó por la escalera. Llegado á la entrada del corredor, volvióse y arrimándose á la pared:

—Tendría que deciros dos palabras—murmuró tristemente.

El conde, deteniéndose en el último escalón, se apoyó negligentemente en la barandilla y le contestó, sonriendo:

—Hablad, estoy dispuesto á escucharos; ya sabéis cuánto me agrada vuestra conversación.

—Os suplico—le dijo Gilberto—que perdonéis á vuestra

hija la amargura de su lenguaje. Al hablar del modo que lo ha hecho, estaba delirando. Os juro, que en el fondo de su corazón os respeta, y que no tendreis más que quererla para que os ame como á un padre.

M. Leminof contestó encogiendo los hombros y como diciendo:

—¿Qué me importa?

—Debo añadir—continuó Gilberto—que vuestra cólera debe recaer entera sobre mí solo. Soy yo quien ha venido á encontrar á esa joven que me odiaba; la he obligado á recibirme, la he prodigado mis cuidados, y no me he dado tregua ni reposo hasta haber conquistado su afecto.

El conde se encogió nuevamente de hombros, como diciendo:

—Os creo, pero esto ¿cambia en algo la situación?

—En cuanto á mí—prosiguió Gilberto—os afirmo, por mi honor, que hasta ayer no arranqué á vuestra hija su secreto.

El conde le contestó:

—No me opongo á creerlo; pero decidme: ¿es verdad que actualmente amáis á esa jovencita tanto como ella á vos?

Gilberto reflexionó un instante; luégo, no tomando consejo más que de los intereses y de la dignidad de Esteban, contestó:

—Sí, he concebido por ella una pasión casta y pura.

Una alegría irónica se manifestó en el semblante del conde.

—¡Magnífico!—dijo.—Es cuanto deseaba saber. No tenemos ya más que hablar sobre este asunto.

Gilberto irguió la cabeza:

—Una palabra todavía, señor conde!—exclamó.—No me separo de vos sin que me hayáis jurado que no tocaréis ni un cabello á vuestra hija, y que no os vengaréis en ella de mi generosa imprudencia!

—¡Diablo!—dijo el conde riendo.—Muy altanero os

mostrais ahora;... á pesar de todo, debo estaros reconocido. Hace un momento que vuestra sangre fría me ha impedido cometer un crimen que hubiera sido una necedad, porque sólo los necios se vengan á puñaladas. Por lo tanto, os concederé todavía mucho más de lo que me pedís. De hoy en adelante no tendrá mi hija la menor queja de mí, y me ocuparé paternalmente de su felicidad. Le disgusta estar bajo la guardia de Iván; en adelante Iván no será más que su humilde servidor. Deseo que sea libre como el aire, y todos sus caprichos serán sagrados para mí. Empezaré por devolverle su caballo, si es que todavía no lo han vendido. Haré más: le permitiré que vuelva á usar el traje de su sexo. Pero, á tantos favores, pongo dos condiciones: la primera, que vos permanecereis aquí todavía seis meses por lo menos; la segunda, que no intentaréis ver á mi muñeca, ni hablarle, ni escribirle, sin mi consentimiento.

Gilberto exhaló un profundo suspiro.

—¡Os lo juro por mi honor!—contestó.

—¡Bueno, bueno!—prosiguió M. Leminof.—Me habéis dado vuestra palabra y creo en ella, como en el Evangelio.

En cuanto el conde hubo vuelto á su gabinete, el doctor Vladimiro, que le aguardaba con impaciencia, le examinó de piés á cabeza como si buscara en sus vestidos ó en sus manos alguna mancha de sangre; luégo, reprimiendo su emoción:

—¡Y bien!—le dijo friamente—¿cómo se ha arreglado el negocio?

—¡Perfectamente!—contestó el conde dejándose caer en un sillón.—No he matado á nadie. El juicio de ese joven me ha hecho recobrar el mío.

Vladimiro Paulitch palideció.

—Por lo visto—dijo con forzada sonrisa—ese audaz seductor ha quedado en paz con una reprensión.

—¡Estáis falto de sentido común, Vladimiro Paulitch! ¿Qué habláis de seducción? Los Gilberto son para vos un

enigma. No han nacido bajo el mismo planeta que los doctores Vladimiro y los condes Lemnof. ¡Hay en ellos algo humanitario, participan del caballero andante, de la hermana de la caridad, de San Vicente de Paul! Además de eso, nuestro filántropo tiene la pasión de los títeres, y desde su llegada me dijo que sabía hacerlos representar. Debemos creer que ha querido darse á sí mismo la representación de algún *auto sacramental*, de algún Misterio de la Edad Media; y por cierto que la pieza empezó perfectamente. Los principales personajes eran la fe, la esperanza y la caridad. Desgraciadamente, el amor ha entrado en la partida y el misterio se ha transformado en drama de capa y espada. Lo siento por él; pues semejantes dramas siempre suelen acabar mal.

—Os equivocáis, conde Kostia—contestó irónicamente Vladimiro;—por lo común terminan en casamiento.

—¡Vladimiro Paulitch!—gritó el conde golpeando el suelo con el pié—¡tienes el dón de exasperarme! Hoy has pasado más de una hora atizando en mi alma el fuego de la venganza. Odias á ese joven y creo, por mi honor, que le tienes envidia. ¿Temes, acaso, que ocupe en mi testamento el lugar del pastorcillo de la Ukrania? Piensa lo que quieras, querido doctor; lo cierto es que si hubiese cometido la horrible torpeza de matar á ese amable compañero de estudio, en este momento le lloraría con lágrimas de sangre, porque, no puedo remediarlo, á pesar de todo, le quiero; pero quien bien quiere, bien castiga, y no puedo menos de compadecerle pensando en todos los padecimientos que le voy á hacer sufrir. Entre tanto vete á acostar, querido doctor. Mañana, por la mañana, te encaminarás con pié ligero á tres leguas de aquí, al otro lado de la montaña, hasta una linda posada, cuyo camino te indicaré; yo me trasladaré allá á caballo. Necesito distracción y ejercicio. Nos encontraremos allí y comeremos juntos. De sobremesa hablaremos de fisiología, y luégo harás cuanto puedas para divertirme.

—Pero ¿en qué pensáis?—exclamó Vladimiro altamente sorprendido.—¿Vais á permitir á esos dos amantes?...

—¡Qué ingenio tan pobre, á pesar de su sabiduría!—dijo el conde interrumpiéndole.—En materia de venganzas no conoces más que los géneros ordinarios. ¡Yo, me complazco en urdir las mias con seda y oro!

Al volver á su cuarto, Vladimiro Paulich se dijo:

—Escs dos hombres son demasiado razonables. El drama no marcha. Es menester que me encargue del desenlace.

